Microtextualidades
Revista Internacional de microrrelato y minificción

RESEÑA

Realizada por:

Antonio MARTÍNEZ MILLÁN
Universidad de Navarra
amartinez@unav.es

Pablo ECHART. *Mirar el mar*. Barcelona: Acantilado, 2026, 91 páginas.

Microtextualidades
Revista Internacional de microrrelato y minificción

Directora
Ana Calvo Revilla

Editor adjunto
Ángel Arias Urrutia

Número 19 pp. 135-136
ISSN: 2530-8297

@2026 *Microtextualidades*

Este material se publica bajo licencia Creative Commons: Reconocimiento-No Comercial Licencia Internacional CC-BY-NC

Mirar la vida (y contarla)

El tiempo, como el aire, lo llena todo y resulta difícil recogerlo y guardarlo. El tiempo y el aire solo los podemos mirar, verlos pasar. *Mirar el mar* lo forman 56 microrrelatos o micro-estampas donde, además de mirar el tiempo que pasa, se consigue atrapar algunos fragmentos. Pablo Echart (Irún, 1973) nos recuerda en cada relato la fugacidad de lo más valioso: el asombro de los niños, el miedo de los padres o de qué está hecha la verdadera vida.

La precisión y el humor en estas piezas tienen el eco de las de Sławomir Mrożek en *Juegos de Azar* o *En la vida difícil* y, también, en esas joyas que conforman *La vida minúscula* de Alfred Polgar. Todo publicado por Acantilado en su colección Narrativa, como este libro. En los tres autores las narraciones reflejan alguna paradoja que nos asoma al abismo del absurdo, pero nunca saltan. Tal vez solo desde ese precipicio y desde la parodia se comprende mejor lo humano. Basta leer «Ascensor», en el centro de este libro, para entender por dónde va el humor de esta escritura.

Todos los relatos de *Mirar al mar* parten de una situación que esconde algo que los demás ni imaginamos. Se trata de escenas que acogemos como propias, por su cotidianidad y porque las hemos vivido. La inteligencia del autor reside no en lo que nos esconde, sino en la sencillez con la que nos lleva a lo inesperado. Su mirada nos sacude a veces y nos descubre cómo vivimos pasando por alto aquello que el narrador encuentra tras lo cotidiano. Su escritura prueba que lleva años mirando estos momentos, coleccionándolos, escribiéndolos y reescribiéndolos. Por eso este libro debe leerse como se bebe un vino guardado durante años para la ocasión. Es un trago al que se puede regresar pasado el tiempo porque al envejecer lo mejora.

El título de la colección, *Mirar el mar*, viene de la última pieza y hace justicia a lo que nos encontramos. El mar aparece muchas veces en su ausencia y, también, en lo inabarcable de su visión. El mar, como la infancia, es el paraíso que sólo existe en la memoria.

Los relatos nacen de mirar la realidad y transitan hacia la poesía, hacia imágenes que se recuerdan como un verso. Así, en «Patrimonio», el narrador, tras ver que la cría del gorrión ha muerto al caer del tejado, dice: «Y está bien que así sea: no debes saber aún que el tiempo se descalabra por las rendijas de la infancia». Algunos microrrelatos —«Viajeros» o «El 111»— cuentan la génesis de la escritura; cómo se han ido formando. En todos ellos se percibe el «Giro de la vida» que le llevó a escribirlos: una despedida, un viaje, la ausencia de la madre, un partido de fútbol o el recuerdo de los veranos de la infancia: todos momentos donde la inocencia se fue quedando.

Hay piezas que son un único párrafo de cuatro líneas y media, como «Estación», y los más extensos no alcanzan las tres páginas —«Tardona», «Peluquería» o «Caramelos y verduras»—. Importa poco la extensión, es el lenguaje y el tono lo que da unidad de familia a estos relatos. Es la precisión y la frescura con la que queda dicho lo esencial, como de pasada, sin énfasis. Con la claridad de punzón se marca desde el primer relato lo que aquí importa: la admiración ante la vida. El libro se abre con «Lagartija», donde tras una tarde de verano, en la cena, el reptil que pasa veloz delante de todos le lleva al narrador a pensar: «O acaso no sea otra cosa que el asombro ante el tiempo que pasa». Imagen perfecta de estos relatos, donde se nos ahorra lo obvio y debemos atender a lo implícito. Donde se nos recuerda lo efímero de la vida y lo difícil que es mirarla y contarla.